

EL PLACER DE LA FAMILIA

Por Habey Hechavarría Prado

*A Manolo García y a Charo Prado,
quienes desde la vida de parroquia y del MFC,
nos lo han enseñado, mostrado y demostrado*

Muchas veces, cuando nos referimos a la familia le damos a nuestras expresiones una connotación de suprema responsabilidad -riesgo y trascendencia que sin dudas tiene-, silenciando la otra cara de la moneda: el indescriptible placer, el innombrable gozo de ser familia.

Asombrado ante el rechazo, a veces el susto, de quienes evitan las responsabilidades familiares, apuntaré unas breves consideraciones sobre un tema menor, si se quiere, un asunto en apariencia irrelevante y por ello mismo encantador que, no obstante haber madurado a la lumbre del día a día, ha terminado convirtiéndose, a fuerza de actualidad, en un tema perentorio.

Independientemente de que el espectáculo del amor sea atemporal, pocas imágenes de la cotidianidad causan mayor conmoción que la de los ancianos que, no solo han hecho una vida juntos abrasados por el fuego del hogar, sino que cuando las canas han inundado sus cabezas y los ojos cansados han cedido lugar a las miradas del corazón, ellos todavía se aman.

O esa otra estampa misteriosa del afecto entre nietos y abuelos; además del latido común de los hermanos o primos, incluso lejanos, entre los cuales las enormes diferencias ideológicas o religiosas que pueden existir, de ninguna manera les separa.

No menos puede decirse de padres e hijos, cuya sola mención alude a una unión estrechísima. Como hace muy poco le escuchamos predicar en una homilía a nuestro arzobispo, el cardenal Jaime Ortega, contemplamos con arrobamiento la devoción de los hijos mientras cuidan a sus padres muy ancianos o heridos de muerte por las miserias del cuerpo; padres que quizás nunca dejaron de preocuparse y ocuparse de sus hijos, aún cuando ya eran adultos y fundaron su propia familia, o ellos mismos tienen nietos.

Y en la cultura cubana debemos incluir las relaciones de sana intimidad que pueden surgir entre vecinos o amistades, considerados verdaderos parientes, en contraste con los gestos deleznales que la familia de sangre a veces realiza.

Programas televisivos tan enaltecedores como el seriado infantil *La sombrilla amarilla*, transmiten esos mensajes a través de los distintos vínculos afectivos de Marcolina con los miembros de su "familia de amigos".

En contraposición, hemos visto a personas nada respetuosas de la familia creada o de la cual provienen, volver a ella humildes reconociendo que nada sustituye ese calor y ese candor. Los he visto rogar el cariño de su descendencia, viejos ya y achacosos, necesitados no solo del apoyo material, sino de reconciliación y paz para luego abandonarse tranquilamente en los brazos del Padre, y partir.

El placer de la familia tiene un carácter universal, por encima de las culturas y el medio social; e incluso, creemos percibirlo entre las bestias, sobre todo en mamíferos, en todo ese mundo animal al cual pertenecemos. De nuestra naturaleza suele emerger un afecto o un deleite instintivos que, ya por identificación o por sentido de supervivencia, manifestamos como relación familiar. Pero además existe una

dimensión amorosa, reflejo de lo más consciente, elevado y puro que orienta la totalidad de la experiencia humana.

Sin esa manifestación, el individuo -hombre o mujer, eso no importa- separado del ámbito familiar o de alguno de sus miembros, puede llegar a sentir que le falta algo de sí mismo, una de las extremidades u órgano sin el cual no consigue funcionar, sin el cual nada es igual.

La pérdida y recuperación de los hijos, la muerte de seres cercanos entre los cuales cuento a los amigos verdaderos, la lejanía de las personas amadas o la ausencia de gente a las cuales querer, conforman la otra cara del asunto. Pues aunque no venimos a este mundo para echar raíces y lo más bello de la vida, en última instancia su misterio, es el sentido sobrenatural de su transitoriedad, las personas nos apoyamos unos en otros para realizar, en mejores condiciones, el tránsito por este valle de lágrimas y de dichas.

De ahí el sentido del honor y el alcance metafórico de “la manada”, “el equipo”, “la especie”, ideas afines al de una familia que se resiste a quedar dividida, no obstante las incongruencias del mundo.

Porque el placer de la familia implica un sacrificio más allá del límite, una acción sagrada que supera con mucho la fragilidad de ese hedonismo dominante tras el cual apenas se esconde un feroz egoísmo.

Ayudar a los hijos en el estudio o conversar con ellos, proteger a los nietos, cuidar de los padres y abuelos, visitar o atender a otros parientes necesitados, superan, en esta dimensión del placer a la que me he referido, a comidas, paseos y fiestas que, sin duda, son momentos espléndidos para gozar de la familia.

Y, sin embargo, la esencia del placer de la familia es la entrega plena por y hacia el otro que es el prójimo más próximo, el desvelo, la decisión de acoger y propiciar en cualquier circunstancia la supervivencia física, económica, moral y espiritual de sus miembros.

Pero, ¡cuidado! El campo de lo estrictamente familiar no nos divorcia de lo social, de la nación y de lo global, según comprendemos tras la lectura de la imprescindible *Familiaris Consortio*, exhortación apostólica del amado Pontífice Juan Pablo II. Razón suficiente para observar, de nuevo metafóricamente, la familiaridad a través de las paredes del hogar y de las fronteras, sabiendo que no somos islas sino sistemas interdependientes, y cuando menos archipiélagos. Luego, los problemas o satisfacciones de una familia pueden ser las urgencias del resto, que se vuelcan sobre la arena pública dentro de una dinámica donde lo privado y lo social se develan como apariencias de una realidad única.

La pasión o el placer de la realización familiar, entonces, se proyecta cuando integramos el doble gozo de ser familia y, por otra parte, de contemplar la razón de ser de la familia en sí. Sin hablar ya de la fuerza edificante del amor hacia los ascendientes o antepasados, sobre cuyos pilares se sustenta casi todo edificio moral. Pues reconocerse descendiente y conocer con mayor o menor precisión a lo largo de generaciones de dónde o de quiénes se desciende no será un abúlico ejercicio aristocrático, sino que, tras el placer inefable de ser familia, podría convertirse en un paso certero hacia la propia identidad.

Ser humano y ser familia son manifestaciones de una misma condición.

Nunca seremos íntegramente humanos reaccionando contra la familia, en especial contra aquella familia natural de la cual hemos nacido y cuya existencia fue santificada por Cristo Jesús al elegirla como espacio idóneo para su llegada a este mundo. Ni tampoco podremos considerarnos *familia* sin asumir en nuestros roles o quehaceres la obra sacerdotal del Amor como manifestación “quintaesenciada” de la vida; de una vida que se nos confía como un don para asumirla con la libertad y la responsabilidad propias de los hijos de Dios. ¿La razón? No podemos ser verdaderamente humanos fuera de la familia (sin la cual, muchos, no somos nada), ni ser familia a contrapelo de nuestra dignidad y nuestros valores.